

ANEXO I

EL HOSPITAL EN RIVAS

¿Quién de los que vivió esa prueba sanguinaria podrá nunca olvidar los horrores del Hospital en Rivas? ¡Quien tiene lengua podrá narrar los sufrimientos indecibles de ese maldito antro infernal, mas no sin que la inmundada exposición le revuelque el alma! ¡Oh, cosa obscena e inhumana! ¡Dios mío! — ¡cómo me da náuseas el pensar en ello! ¡la más inicua, repugnante cloaca de podredumbre —la más asquerosa, pútrida leprosería que ha jamás infamado la faz de la tierra, no podría nunca superar esa caja de pandora de angustias! Un hospital, cuando tiene todos los elementos que la paz y los adelantos pueden brindar para la comodidad, es, a lo sumo, un triste refugio para la humanidad que sufre —mas cuando faltan, como en el nuestro, las cosas ordinarias indispensables, los sufrimientos se multiplican mil veces.

Pero ven conmigo, amigo compasivo, y si crees que tus nervios aguantarán la prueba, acompáñame en una corta visita a ese lazareto infernal. Tápate los oídos —apriétate la nariz, y deja que tus ojos solos decidan si dice verdad "la carta desde la tumba": si el infortunado sueco que narró la historia de su martirio y se murió, exageró en lo mínimo acerca de este terrible lugar.

Ese asqueroso esqueleto viviente que yace allí, con la carne mugrienta apenas necesaria para taponarle los huesos, fue herido hace muchos meses en Massaya. Débil al extremo y falto de músculos y grasa, dice que padece un apetito voraz. ¿De qué se queja, sin embargo, si ya le dieron su ración, consistente en sopa rala de mula y una jícara de agua pasada por cacao, más rala aún?

Sobre aquel lecho de cuero crudo yace otro fantasma cadavérico, teniente en un tiempo del ejército del 'Predestinado', buen oficial del Batallón de Rifleros y muy valiente; perdió una pierna en el memorable Sitio de Granada. Sus padres son personas ricas de Louisiana y él solía disfrutar de todo lo bueno en la vida, antes de que el Diablo le metiera en la cabeza a Nicaragua; pero ahora, ¡su estómago de buitre suspira por los desperdicios que se hartan los cerdos en la finca de su padre!

No creas, amigo humanitario, que exagero el cuadro; ni pienses que atraigo tu atención hacia los casos extremos: 'éste es sólo el comienzo de las tribulaciones'; apenas constituye una gota de pesar de todo el océano que pulula en este sepulcro viviente. Más de un centenar de sombras humanas exhalan sus últimos suspiros, retorciéndose entre dolorosísimas agonías. Unos gimen en cuartos fétidos y malsanos, ahogándose literalmente en el hedor de su propia putrefacción. Otros yacen desnudos sobre lechos duros e inmundos, cagados por las moscas que negrean sobre ellos, ardiendo de fiebre mientras el sol del Trópico les subraya con su luz las facies cadavéricas —¡brindándoles vida bajo sus propias narices a los gusanos asquerosos! Otros agonizan atormentados por una especie de insectos (que allí llaman *niguas*) que taladran sus galerías bajo la piel, entre las carnes y aun hasta en los huesos, produciendo unas inflamaciones abominables, las que no es nada raro requieran serrucho y cuchillo para extirparlas y curar la enfermedad. ¡Tres veces bendito es el pobre infeliz que encuentra alivio en la muerte! Entonces se le traslada por última vez, de rodada, a una asquerosa morgue —de rodada sobre una asquerosa tabla, en la que aprisa lo llevan a enterrar; y sin quitarle los trapos inmundos, sin musitar una plegaria, sin derramar una lágrima ni despedirlo con un suspiro, en una última macabra voltereta lo tiran dentro de una angosta zanja, le palean tierra encima, y ya se acabó el problema. Así *era* el hospital de Rivas. Gracias a Dios ya cesó de existir; y espero que para siempre.⁴⁹⁴